



La Sonrisa de González Vera

EN LOS ESBOZOS de recuerdos que de vez en cuando hago en estas extrañables columnas noto a veces ausencias indeliberadas. El otro día, por razones que no vienen al caso, pensé en José Santos González Vera, ese nombre como de patriota campesino. Una vez se le je y replicó: "Sí, de patriota, y no tengo donde comerme suerito." Y era cierto. El ejercicio de las letras da solo para ir muriéndose con mucha decencia y con mucho prestigio. Pero el nombre no es el hombre.

Pensé, repito, que no contenía la esencia del amigo querido. Murió y nos dejó como siempre lo había hecho todo, en silencio, con ese gesto de supremo hastío hacia las pompas con que siempre vivió. Recuerdo que en cierta época en que dirigí el Suplemento Literario de "El Mercurio", le pedí muchas veces que diera su conformidad para hacerle una entrevista de aquellas en primera página trazadas por Hans Erismann. No hubo manera de convencerlo. ¿Dónde? ¿Apolía?

Esa actitud parecería condicionar orgullo y exceso de vanidad, una especie de sobrevaloración de los propios méritos. No era así. González Vera jamás tuvo los complejos típicos que se dan en las penales de su oficio. Era amable, efímero. Jamás le vi un gesto enojado; jamás le vi gritar ni reír con estruendo. Sonreía y hablaba quedo. Era un maestro de discreciones y creyó en la brevedad no por burla, como su maestro Gratón, sino por su exhausta e intrínseca condición de Dese.

No sé por qué relaciono su actitud humana y su adhesión constante a los valores espirituales de la vida, con cierta anécdota de la que fui testigo. Corría el año 1940. A su oficina de la Universidad llegó un refugiado español a pedirle consejo. El refugiado era muy joven y pastor, tenía talento y firmó por hallar su verdadero camino e imponerse en nuestros ejercicios artísticos por sus méritos. "En estos momentos no se me ocurre otra cosa —dijo González Vera— que aconsejarle que busque

Ni Baeza, ni Feytaud, ni Guibrunson, ni Dickens, ni González Vera parece, por su comportamiento, humorista. Acaso por que la actitud del humorista es más un estado de ánimo que una reacción, un juego de desequilibrios, una actividad.

En un libro de González Vera vemos el destello de un conjunto de seres que tienen con quien los retrata cierta afinidad. Guarda con ellos la proximidad afectiva que le permite saber de su grandeza sin ignorar sus quiebras. La atención adquiere un tono suave que facilita el juego de la traza. "Cuando Alone había más bien es-



GONZÁLEZ VERA
Sonreía y hablaba quedo.

cucha... Si va solo, camina en línea recta... creyendo que va cruzando por una cuerda tensa." Sobre D'Halmar: "En la pausa de las acciones, quedaba en su boca esa sonrisa del que está triste."

La sonrisa de D'Halmar la hemos visto todos. Cerraba el maestro la boca plegando los finos labios como comineras retrocedían apareciendo en los ojos mortificaciones la impresión de vacío absoluto. Si, le hemos visto todos, pero ha sido González Vera quien le ha dado sentido al hacerle materia literaria y al dibujar con genialidad una figura que ya es para aforarse; algo así como el fantasma de un sueño.

La elección del humor no podía

La sonrisa de González Vera [artículo] Antonio R. Romera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romera, Antonio R., 1908-1975

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La sonrisa de González Vera [artículo] Antonio R. Romera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile